

taba todas las cosas, y también la hacían los jefes del Estado, afirmando cada cual que nunca había estado más expuesta Florencia á perder su libertad. Pero Dios, que siempre, en tan extremas necesidades, ha tenido de ella particular cuidado, produjo un accidente inesperado, el cual dió al rey de Nápoles, al Papa y á los venecianos mucho más en qué pensar que los sucesos de Toscana.

XX. El emperador de Turquía, Mahomet, había sitiado á Rodas con grandísimo ejército, combatiéndola durante algunos meses; pero, aunque sus fuerzas fuesen grandes y la obstinación en el asedio grandísima, fué mayor la de los sitiados en defenderse, haciéndolo con tanto valor é ímpetu, que Mahomet tuvo que abandonar el sitio, declarándose en vergonzosa retirada. Al separarse de Rodas, una parte de la armada turca, á las órdenes del bajá Achmet, vino hacia Valona, y porque viera la facilidad de la empresa ó porque su señor se lo mandara, costeando Italia, desembarcó de pronto cuatro mil soldados y tomó por asalto la ciudad de Otranto, saqueándola y matando á todos los habitantes (1480). Hecho esto, fortificó lo mejor que pudo la ciudad y el puerto, reunió buena caballería y recorrió y devastó las tierras inmediatas. Asustó al rey de Nápoles este inesperado ataque, hecho por fuerzas de un soberano tan poderoso, y envió correos á todas partes para decir lo que ocurría y pedir ayuda contra el común enemigo. Además, mandó llamar con grande instancia al duque de Calabria y á su ejército, que estaban en Siena.

XXI. Tanto como alarmó esta empresa de los turcos al duque de Calabria y al resto de Italia, alegró á Florencia y á Siena, pareciendo á ésta que había recobrado su libertad, y á aquélla que se libraba del peligro inmi-

nente de perderla. Confirmó dicha opinión el sentimiento con que el Duque partió de Siena, acusando á la fortuna porque, con tan inesperado suceso, que racionalmente no se podía prever, le había quitado el imperar en Toscana.

Este mismo accidente hizo al Papa mudar de propósitos y, no habiendo querido dar antes audiencia á ningún embajador florentino, ahora escuchaba complaciente á cuantos le hablaban de la paz general. Los florentinos recibieron, por tanto, la seguridad de que, si pedían perdón al Papa, éste lo concedería. Creyeron no deber desaprovechar esta ocasión y enviaron al Pontífice doce embajadores. Antes de recibirlos en audiencia, el Papa habló con ellos sobre diversos asuntos. Al fin se pusieron de acuerdo respecto á las futuras relaciones de Florencia con el Pontificado, y á la parte con que cada uno de ambos Estados contribuiría en la guerra y en la paz. Fueron después los embajadores á postrarse á los pies del Papa, que los recibió rodeado de sus cardenales y con grandísima pompa. Excusaron lo que había ocurrido en Florencia, echando la culpa á las circunstancias y á la malignidad de los conjurados de una parte y, de otra, al furor y justa ira popular, advirtiendo la triste situación de los que se ven precisados á matar ó morir. Y porque todo se debía sufrir para evitar la muerte, habían soportado la guerra, la excomunión y las demás calamidades que originó el atentado, para que su república se librara de la servidumbre, que suele ser la muerte de toda ciudad libre. Pero si, forzados, habían cometido algunas faltas, prometían la enmienda y confiaban en la clemencia del Papa que, siguiendo el ejemplo del sumo Redentor, abriría piadosamente los brazos para recibirles.

El Papa contestó á estas excusas con soberbias é iracundas frases, reprobando cuanto en los pasados tiempos habían hecho contra la Iglesia; sin embargo, para obedecer los preceptos de Dios, consentía en concederles el perdón que demandaban; pero haciéndoles entender que estaban obligados á obedecer á la Iglesia y, si faltaban á esta obediencia, la libertad que ahora habían estado á punto de perder, la perderían después, y justamente, pues sólo merecen ser libres los que emplean la libertad en buenas y no en malas obras; que la libertad mal ejercida se ofende á sí misma y ofende á los demás. Añadió que amar poco á Dios y menos á la Iglesia no es propio de hombres libres, sino de libertinos más inclinados al mal que al bien, mereciendo la corrección, no sólo de los príncipes, sino de cualquier cristiano; y que debían acusarse á sí mismos de los males sufridos, porque con sus malas obras habían dado motivo á la guerra y, con pésimas, la habían alimentado, terminando más bien por la benignidad de otros que por sus propios méritos.

Fué después leída la fórmula del acuerdo y la bendición pontificia. El Papa había añadido á aquélla, además de lo convenido, que si los florentinos querían gozar el fruto de la bendición habían de armar y mantener con su dinero quince galeras, mientras los turcos guerrearan en el reino de Nápoles.

Quejáronse amargamente los embajadores de este gravamen añadido al convenio, pero no pudieron por ningún medio ni favor aligerarlo. Cuando volvieron á Florencia, la Señoría, para consolidar esta paz, envió como embajador al Papa á Guido Antonio Vespucci, que poco antes había vuelto de Francia (1481). Éste, con su prudencia, redujo las cosas á términos soportables, obte-

niendo muchos favores del Papa, lo cual fué señal de más íntima reconciliación.

XXII. Arreglados los asuntos de los florentinos con el Papa, y libres del miedo Siena y ellos por la partida de Toscana del duque de Calabria, como continuaba la guerra con los turcos, aprovecharon la ocasión los florentinos para pedir al rey de Nápoles les devolviera los castillos ocupados durante la guerra y que el duque de Calabria había dejado en manos de los sieneses. Temía el Rey que, en el apuro en que se encontraba, se separara de él Florencia y, moviendo guerra á los sieneses, impidieran el auxilio que del Papa y de los otros italianos esperaba. Accedió por ello á la restitución, é hizo nuevo convenio de más estrecha amistad con los florentinos. Véase, pues, que la fuerza y la necesidad hacen á los príncipes más fieles á sus promesas que los tratados y los compromisos escritos.

Recobrados los castillos y hecho el nuevo convenio con el rey de Nápoles, volvió á adquirir Lorenzo de Médicis la reputación que le había quitado primero la guerra y después la paz, cuando se dudaba de las intenciones del Rey. Pero no faltaba en aquel tiempo quien le calumniara abiertamente, diciendo que, por salvarse, había vendido su patria y que, del mismo modo que en la guerra se habían perdido los castillos, en la paz se perdería la libertad.

Pero, devueltos los castillos y hecho con el Rey honroso acuerdo, recuperó Florencia su antiguo poder, y entonces esta ciudad, ávida de hablar y aficionada á juzgar los sucesos por el éxito y no por los motivos, mudó de opinión, elevando la fama de Lorenzo de Médicis hasta las nubes, diciendo que su prudencia le había hecho ganar

en la paz lo que la mala fortuna le hizo perder en la guerra, y que su consejo y juicio pudieron más que las armas y la fuerza del enemigo.

El ataque de los turcos solamente difirió la guerra que hubiese estallado á causa de la indignación que al Papa y á los venecianos produjo el tratado de paz entre los florentinos y el rey de Nápoles. Pero de igual modo que lo inesperado de aquella agresión ocasionó muchos bienes, su término, también imprevisto, fué motivo de grandes males; porque el sultán Mahomet murió cuando menos se creía y, por nacer discordia entre sus hijos, los turcos que estaban en la Pulla, viéndose abandonados de su Señor, convinieron con el rey de Nápoles la entrega de Otranto.

Cuando se disipó el miedo que la toma de Otranto por los turcos produjo al Papa y á los venecianos, todos temían en Italia nuevos trastornos. De una parte estaba la liga del Papa con los venecianos, y con ellos los de Génova, Siena y otros Estados menores; de otra los florentinos, el rey de Nápoles y el duque de Milán, á cuyo lado estaban los boloñeses y los Señores de otros pequeños Estados.

Deseaban los venecianos apoderarse de Ferrara, pareciéndoles fundada la empresa y teniendo esperanza de realizarla con buen éxito. El motivo consistía en que el marqués de Ferrara aseguraba no estar obligado á recibir al Vismolino (1) y á proveer de sal á los venecianos; pues los convenios hechos determinaban que, pasa-

---

(1) El Vismolino era una especie de cónsul que Venecia tenía en Ferrara para resolver las cuestiones entre los venecianos residentes en esta ciudad.

dos setenta años, quedara la ciudad libre de ambas cargas. Replicaban los venecianos que mientras el Marqués tuviera el Polesinó estaba obligado á recibir al Vismolino y á entregar la sal. No consintiéndolo el Marqués, creyeron los venecianos tener justo motivo para tomar las armas y ser el tiempo á propósito para emprender esta guerra, por la indignación del Papa contra los florentinos y el Rey.

Habiendo ido el conde Jerónimo á Venecia (1482), los venecianos, para ganarse más la voluntad del Pontífice, le recibieron con muchos honores, concediéndole derechos de ciudadanía y de nobleza, que era siempre señal de grande honra tributada á los favorecidos.

Para estar preparados á aquella guerra habían establecido nuevos impuestos y nombrado jefe de sus tropas á Roberto de San Severino, el cual, indignado con Luis Sforza, gobernador del ducado de Milán, se fué á Tortona y, por ocurrir allí algunos desórdenes, se trasladó á Génova, donde estaba cuando le llamaron los venecianos para ponerle al frente de su ejército.

XXIII. Estos preparativos y nuevos movimientos fueron causa de que, al conocerlos la liga adversa, se dispusiera también ésta á la guerra. El duque de Milán nombró general de su ejército á Federico, señor de Urbino; los florentinos, á Constanzo de Pésaro, y para sondear el ánimo del Papa y averiguar si los venecianos emprendían la guerra con consentimiento del mismo, el rey Fernando envió al duque de Calabria con su ejército á orillas del Tronto, y pidió paso al Pontífice para ir á Lombardía en socorro del marqués de Ferrara, negándole el Papa rotundamente.

Convencidos el Rey y los florentinos de la disposición

del Papa, determinaron obligarle por fuerza á ser amigo suyo, ó si no, crearle tantos obstáculos que no pudiera ayudar á los venecianos, quienes estaban ya en campaña contra el marqués de Ferrara, devastando sus tierras y poniendo después sitio á Figarolo, fortaleza importante en el marquesado de Ferrara.

El rey de Nápoles y los florentinos decidieron atacar al Pontífice, y el duque de Calabria emprendió el camino de Roma. Con ayuda de los Colonnas que se habían unido á él, porque los Orsini estaban de parte del Papa, causaba grandes daños en el país. Por su parte, los florentinos, mandados por Nicolás Vitelli, atacaron y tomaron á Cittá del Castello, expulsando de allí á maese Lorenzo, que la gobernaba á nombre del Papa y que dieron como en señoría á Vitelli.

Encontrábase, pues, el Papa en grave compromiso, porque en el interior de Roma había desórdenes, y fuera de ella recorrían el país los enemigos; pero como hombre animoso que deseaba vencer y no ceder al enemigo, tomó por general de sus fuerzas á Roberto de Rímini, haciéndole venir á Roma, donde estaban reunidos todos sus hombres de armas. Allí le mostró lo honroso que sería para él librar á la Iglesia de los apuros en que se encontraba, combatiendo contra el ejército de un Rey, y cuán obligados le quedarían él y todos sus sucesores, recompensándole, no sólo los hombres, sino Dios. Roberto examinó primero los hombres de armas y los recursos militares que tenía el Papa, y le aconsejó que reuniera toda la infantería que pudiese, lo que fué ejecutado con gran celo y actividad.

El ejército del duque de Calabria estaba tan inmediato á Roma, que diariamente hacía correrías y presas

hasta las puertas de la ciudad; lo cual indignó tanto á los romanos, que voluntariamente se ofrecían á Roberto para defender la ciudad. Éste aceptó y agradeció el ofrecimiento.

Al saber el duque de Calabria estos preparativos, se apartó algo de Roma, pensando que de este modo no se atrevería á atacarle Roberto, y porque esperaba á su hermano Federico que, con nuevas tropas, le enviaba el Rey su padre.

Cuando Roberto hubo reunido tantos hombres de armas como el duque de Calabria y mucha más infantería, salió de Roma en orden de batalla y acampó á dos leguas del enemigo. Teniendo el Duque el adversario junto á él, contra lo que había creído, juzgó indispensable, ó dar la batalla ó retirarse como vencido, sin combatir. Casi obligado á lo primero, por no hacer cosa indigna del hijo de un Rey, determinó pelear, haciendo rostro al enemigo. Cada general ordenó su ejército como entonces se acostumbraba y lo condujo á la lucha, que duró hasta cerca de mediodía.

Se combatió en esta batalla con más valor que en ninguna otra, desde cincuenta años antes, pues entre ambas partes murieron más de mil hombres, siendo la victoria para la Iglesia, porque la multitud de su infantería ofendió de tal modo á la caballería del duque de Calabria que tuvo que volver grupas, y hubiese quedado el Duque prisionero si no le salvaran muchos turcos de los que habían estado en Otranto y ahora militaban á sus órdenes.

Alcanzada la victoria, volvió Roberto triunfador á Roma, gozando poco de su triunfo, porque, á causa de beber mucha agua por la fatiga en aquel día, se le de-

claró una disentería que le ocasionó la muerte al poco tiempo. El Papa mandó enterrar su cuerpo con grandes honras.

A fin de aprovechar esta victoria, envió el Papa inmediatamente al conde Jerónimo hacia Cittá del Castello para procurar la restitución de esta plaza á maese Lorenzo, y hacer algunas tentativas en Rímini; porque, quedando, al morir Roberto, Señor de esta ciudad, y en guarda de su esposa, un hijo que tenía de corta edad, creyó el Pontífice que sería fácil ocupar á Rímini; lo que consiguiera, sin duda, si los florentinos no hubiesen defendido á la viuda, oponiéndose con sus fuerzas al Conde de tal modo que, ni contra Cittá del Castello ni contra Rímini pudo hacer nada de provecho.

XXIV. Mientras ocurrían estos sucesos en Roma y en la Romaña, los venecianos habían tomado á Figarolo y sus tropas pasado el Po.

Los ejércitos del duque de Milán y del marqués de Ferrara estaban en desorden, porque Federico, conde de Urbino, enfermó y, llevado á Bolonia para curarse, murió allí.

Los asuntos del marqués de Ferrara iban, pues, declinando, y en los venecianos crecía diariamente la esperanza de ocupar á Ferrara.

Por su parte el Rey y los florentinos hacían todo lo posible para obligar al Papa á que estuviera de su lado y, no habiéndolo podido conseguir con las armas, le amenazaban con el Concilio que el Emperador había convocado ya en Basilea.

Los Embajadores que tenían en Roma y los principales cardenales, que deseaban la paz, persuadieron y obligaron por fin al Papa á que pensara en ella y en la

unión de Italia. El Pontífice, por temor, y también al ver que la grandeza de los venecianos era la ruina de la Iglesia y de Italia, envió sus nuncios á Nápoles para unirse á la liga, haciéndola por cinco años el Papa, el Rey, los florentinos y el duque de Milán, reservando á los venecianos el derecho de aceptarla.

Una vez hecha esta alianza, el Papa notificó á los venecianos que cesaran en la guerra contra Ferrara; pero no quisieron hacerlo, antes con mayores fuerzas continuaron la guerra y, habiendo derrotado el ejército del duque de Milán y del marqués de Ferrara en Argenta, se acercaron tanto á Ferrara, que en el parque del Marqués pusieron el campamento.

XXV. La liga juzgó llegado el momento de socorrer eficazmente al Marqués, é hizo pasar á Ferrara al duque de Calabria con sus tropas y las del Papa (1483). Los florentinos enviaron también toda su gente.

Para organizar bien la guerra, los aliados reunieron un consejo en Cremona, al que asistieron el Legado del Papa, el conde Jerónimo, el duque de Calabria, Luis Sforza, Lorenzo de Médicis, y muchos otros príncipes de Italia, quienes discutieron los diferentes medios de realizar la futura guerra. Creyendo que la mejor manera de defender Ferrara era distraer las fuerzas del enemigo, querían que Luis Sforza consintiese en promover la guerra contra los venecianos por el Estado del duque de Milán, lo que rehusaba Sforza, temeroso de atraer á los Estados del Duque una lucha que no pudiera dominar. Convínose, pues, en reunir en Ferrara todas las fuerzas, y con cuatro mil hombres de armas y ocho mil infantes, ir en busca de los venecianos, que sólo tenían dos mil doscientos hombres de armas y seis mil infantes.

Determinaron los aliados primero atacar la armada que los venecianos tenían en el Po y, la derrotaron junto al Bondeno, con pérdida de más de doscientos barcos, quedando prisionero Antonio Justiniano, proveedor de la armada.

Al ver Venecia toda Italia unida contra ella, para mantener su reputación, tomó á sueldo al duque de Lorena con doscientos hombres de armas; y, cuando supieron los venecianos la derrota de su armada, enviaron á este Duque con parte de sus tropas para tener en jaque al enemigo, y con lo restante del ejército hicieron pasar el Adda á Roberto de San Severino y acercarse á Milán, proclamando al duque Galeazzo y á su madre Bona. Creyeron que con ello provocarían desórdenes en Milán, por suponer que los milaneses odiaban á Luis Sforza y su gobierno.

Esta invasión produjo al principio bastante terror, haciendo que se armaran los milaneses; pero ocasionó á los venecianos consecuencias contrarias á las que esperaban, pues, á causa de ella, consintió Luis Sforza, contra su opinión anterior, en que se hiciera la guerra en el ducado de Milán. Por esto, dejando al marqués de Ferrara la defensa de sus Estados con cuatro mil caballos y dos mil infantes, el duque de Calabria entró en el territorio de Bérgamo con doce mil caballos y cinco mil infantes. De aquí pasó al de Brescia, y después al de Verona, saqueando, sin que los venecianos pudieran oponerse, todo este territorio, porque Roberto de San Severino con sus tropas apenas podía defender las citadas ciudades.

Por la otra parte, el marqués de Ferrara recobró casi todos sus Estados, porque el duque de Lorena, que

sólo contaba con dos mil caballos y mil infantes, no podía combatirle.

Así, pues, en toda esta estación del año 1483 se peleó felizmente para la liga.

XXVI (1484). En la primavera del año siguiente, porque el invierno se había pasado en tranquilidad, salieron los ejércitos á campaña. Los aliados, para vencer con más facilidad al enemigo, habían reunido todo su ejército y, de haber luchado como en el año anterior, con facilidad, quitaran á los venecianos todo el territorio que tenían en Lombardía, pues las tropas de éstos estaban reducidas á seis mil caballos y cinco mil infantes, porque el duque de Lorena, terminado el año de su compromiso, volvió á su tierra, y los contrarios tenían trece mil caballos y seis mil infantes. Pero, como sucede muchas veces cuando hay varios con la misma autoridad, las disensiones entre ellos dan la victoria al enemigo.

Muerto Federico Gonzaga, marqués de Mantua, á cuya autoridad se sometían el duque de Calabria y Luis Sforza, empezó el desacuerdo entre éstos, y después las rivalidades; porque Juan Galeazzo, duque de Milán, estaba ya en edad de tomar las riendas del gobierno y, teniendo por esposa á la hija del duque de Calabria, deseaba que no fuera Sforza, sino su yerno, quien gobernara el ducado. Conoció Sforza este deseo del Duque y determinó privarle de los medios de realizarlo.

Supieron las intenciones de Luis Sforza los venecianos y, aprovechando la ocasión, juzgaron que, como siempre, ganarían con la paz lo que con la guerra habían perdido. Al efecto gestionaron secretamente el acuerdo entre ellos y Luis Sforza, y lo ajustaron en Agosto de 1484.

Mucho desagradó esto á los demás aliados cuando lo supieron, sobre todo al ver que tenían que devolver á los venecianos todas las poblaciones conquistadas, dejarles Rovigo y el Polesino, y permitirles conservar en Ferrara los antiguos privilegios. Todos opinaban haber hecho una guerra en la cual se gastó y conquistó bastante, peleando con honra, para terminarla con ignominia, puesto que las ciudades tomadas se devolvían y las perdidas no se recuperaban. Pero viéronse los aliados en la precisión de aceptar la paz, porque no podían hacer más gastos, ni querían exponerse á ser víctimas de la mala fe ó ambición ajena.

XXVII. Mientras en Lombardía ocurrían estos sucesos, el Papa, secundado por maese Lorenzo, estrechaba cada día más á Cittá del Castello, para echar de allí á Nicolás Vitelli, abandonado por los aliados á fin de atraerse al Pontífice á su causa. Los de dentro de la ciudad, que eran partidarios de Vitelli, hicieron una salida y derrotaron á los enemigos. A causa de esto, llamó el Papa al conde Jerónimo, que estaba en Lombardía, para reorganizar su ejército y volver á sitiar á Cittá del Castello; pero, juzgando después que sería mejor ganarse á Vitelli con la paz que atacarle de nuevo, púsose de acuerdo con él, reconciliándole lo mejor que pudo con su adversario maese Lorenzo. Más le obligó á esto el temor á nuevos desórdenes que el amor á la paz, porque veía nacer entre los Colonna y los Orsini perniciosas rivalidades. El rey de Nápoles había quitado á los Orsini en la guerra con el Papa el castillo de Tagliacozzo, dándolo á los Colonna, que seguían su partido. Hecha después la paz entre el Papa y el Rey, los Orsini, en virtud de los artículos de la misma, lo reclamaron. El Papa or-

denó muchas veces á los Colonna que lo restituyeran; pero éstos, ni por los ruegos de los Orsini, ni por las amenazas del Papa, hicieron la restitución: en cambio, con nuevas presas y otras parecidas injurias, ofendieron á los Orsini.

No pudiendo sufrir el Papa estos abusos, envió todas sus tropas, con las de los Orsini, contra los Colonna, y las casas que éstos tenían en Roma fueron saqueadas, siendo muertos ó presos quienes querían defenderlas. También les privó el Papa de casi todos sus castillos; terminando estos desórdenes, no por la paz, sino por la ruina de un partido.

XXVIII. No reinaba tampoco entonces tranquilidad en Génova y Toscana, porque los florentinos tenían al conde Antonio de Marciano con tropas en la frontera de Serezana; y, mientras duró la guerra en Lombardía, molestaba á los de Serezana con correrías y escaramuzas.

En Génova el dux Battistino Fregoso fué preso con su mujer é hijos por el arzobispo Pablo Fregoso, que abusó de su confianza y se hizo Señor de la ciudad.

La armada veneciana atacó también el reino de Nápoles, ocupando á Gallípoli y devastando las inmediaciones de esta población.

Pero hecha la paz en Lombardía, cesaron todos los desórdenes, excepto los de Toscana y Roma, porque, á los cinco días de publicada la paz, murió el Papa, ó por llegar el término de su vida, ó porque le matara el disgusto por aquel convenio.

Dejó este Pontífice á Italia en paz, aunque, en vida, siempre la tuvo en guerra. A su muerte todos los romanos empuñaron las armas y el conde Jerónimo se retiró con sus tropas junto al castillo de Sant' Angelo. Temían

los Orsini que los Colonna quisieran vengar las recientes ofensas: los Colonna pedían que les devolvieran sus casas y castillos, y de aquí nacieron, á los pocos días, muertes, robos é incendios en muchos sitios de la ciudad. Pero los cardenales persuadieron al conde Jerónimo para que les entregara el castillo de Sant'Angelo, se fuera á sus Estados y librara á Roma de su ejército; y el Conde, deseando conquistarse la benevolencia del nuevo Pontífice, obedeció, entregando el castillo, y yéndose á Imola.

Libres los cardenales del miedo que tenían al Conde, y privados los barones del auxilio que de él esperaban en sus querellas, se procedió á la elección de nuevo Pontífice y, después de algún debate, fué elegido Juan Bautista Cibo, cardenal de Molfetta, genovés, que tomó el nombre de Inocencio VIII. Era de carácter dulce, afable y pacífico, é hizo deponer las armas, restableciendo la paz en Roma.

XXIX. Después de la paz de Lombardía, los florentinos no podían estar en reposo, pareciéndoles cosa indigna y vergonzosa que un noble sin autoridad les hubiera despojado de la plaza de Serezzana. Y como en el tratado de paz se estipulaba que no sólo se pudiera reclamar lo perdido, sino hacer la guerra á quien impidiese reconquistarlo, se proveyeron en seguida de dinero y tropas para recuperar á Serezzana.

No pareciendo á Agustín Fregoso, que era quien había ocupado á Serezzana, que podría defenderse con sólo sus fuerzas, dió la plaza al banco de San Jorge.

Como he de hablar diferentes veces del banco de San Jorge y de los genoveses, creo á propósito referir las instituciones, leyes y usos de Génova, que es una de las principales ciudades de Italia.

Desde que los genoveses hicieron la paz con los venecianos, para terminar la importantísima guerra que muchos años antes tuvieron, no pudiendo satisfacer el gobierno á los ciudadanos la gran suma de dinero que le habían prestado, concedióles la renta de la aduana, determinando que cada cual fuera cobrando en proporción á sus créditos, hasta que todas estas deudas quedaran extinguidas. Para las reuniones de los acreedores se les dió el palacio que hay junto á la aduana.

Estos acreedores organizaron una especie de gobierno, formando un consejo de cien de ellos que deliberase sobre los asuntos de interés general, y otro de ocho miembros, que eran los directores de la corporación, y dividían entre todos lo recaudado, formando partes ó cupones que llamaban *lugares* (*luoghi*). La corporación la titularon de San Jorge. Esta fué su organización y forma de regirse.

Pero tuvieron necesidad las autoridades de la ciudad de acudir á la corporación de San Jorge en demanda de nuevos auxilios y, siendo ésta rica y bien administrada, pudo prestarlos.

El Estado, que le había dado ya la renta de aduanas, le dió después sus terrenos, en fianza del dinero que recibía. Las necesidades de la República y los servicios de esta corporación han llegado á punto que San Jorge tiene en su administración la mayoría de las tierras y ciudades sometidas á la República genovesa, las cuales gobierna y defiende, y cada año les envía los Rectores elegidos por público sufragio, sin que el Estado intervenga para nada.

De aquí ha nacido que los ciudadanos consideren tiránica la administración pública, prefiriendo la de San

Jorge por su equitativo y honrado proceder, que siempre es igual, en medio de los fáciles y numerosos cambios que ha sufrido esta República, sometida á veces á uno de sus ciudadanos, y á veces á un príncipe extranjero.

Así, pues, cuando los Fregosos y los Adornos combaten por la soberanía, la mayoría de los ciudadanos no toma parte en la lucha, dejando que el gobierno sea presa del vencedor. San Jorge sólo interviene cuando éste ha tomado posesión de la autoridad, para hacerle jurar la observancia de sus leyes, que hasta ahora han sido invariables, porque, teniendo la corporación armas, dinero y gobierno, no se puede tocar á ella sin riesgo de peligrosa rebelión. Ejemplo verdaderamente raro, no encontrado por los filósofos en tantas repúblicas como han visto ó imaginado, es el de que figure dentro del mismo Estado, entre los mismos ciudadanos, la libertad y la tiranía, la pureza y la corrupción de las costumbres, la justicia y la licencia; porque este establecimiento es el único que conserva en Génova las antiguas y venerables costumbres. Y si ocurriera, lo que con el tiempo sucederá sin duda, que San Jorge sea dueño de todo el Estado, será Génova más memorable que Venecia.

XXX. Cedió, pues, Agustín Fregoso Serezana á San Jorge, que la recibió de buen grado, y tomó á su cargo defenderla, alistando apresuradamente una armada y enviando tropas á Pietrasanta para impedir la comunicación con el campamento de los florentinos, que estaba ya cerca de Serezana.

Los florentinos, por su parte, deseaban apoderarse de Pietrasanta, porque, sin tener dicha plaza, situada entre Pisa y Serezana, la ocupación de esta última no era de gran utilidad; pero no tenían pretexto para atacarla, á

menos que sus vecinos ú otros que estuvieran dentro de ella se opusieran á su empresa contra Serezzana. A fin de comprometerles á ello, enviaron desde Pisa al campamento gran cantidad de víveres y municiones con pequeña escolta, para que los de Pietrasanta, por la debilidad de ésta, no la temieran, y por la importancia de la presa excitara su codicia de apoderarse de ella.

Sucedió lo que habían proyectado, porque los de Pietrasanta, viendo ante sus ojos tan gran presa, la arrebataron; lo cual dió á los florentinos justo motivo de agresión y, prescindiendo por lo pronto de Serezzana, acamparon junto á Pietrasanta, cuya guarnición era numerosa y la defendía valerosamente.

Colocaron los florentinos en el llano su artillería, é hicieron un reducto en la montaña para batir también la plaza por aquella parte. Era Comisario en el ejército Jacobo Guicciardini.

Mientras se combatía en Pietrasanta, la armada genovesa tomó y quemó el castillo de Vada y, saltando á tierra la gente que conducía, corría y devastaba las inmediaciones. Al encuentro de estas tropas fué enviado con infantería y caballería Bongianni Gianfigliuzzi que, en parte, contuvo su audacia, no pudiendo hacer las correrías con tanta impunidad.

La armada, para seguir molestando á los florentinos, fué á Liorna, y con pontones y otros artefactos, se aproximó á la torre nueva, batiéndola varios días con sus cañones; pero, viendo que no conseguía ningún resultado, se retiró vergonzosamente.

XXXI. Entretanto en Pietrasanta se combatía débilmente, por lo cual, animados los enemigos, asaltaron y tomaron el reducto de la montaña. Esto les dió mucha

fama y tanto miedo á los florentinos, que estuvieron á punto de dispersarse sin que les atacaran. Apartáronse cuatro millas de la plaza, y los jefes opinaron que, estando ya en Octubre, debían tomar cuarteles de invierno, dejando para la primavera la expugnación de Pietrasanta.

Al saberse en Florencia este fracaso, produjo la mayor indignación á los principales miembros del gobierno. Para reorganizar inmediatamente el ejército y restablecer su reputación y su fuerza, eligieron por nuevos Comisarios á Antonio Pucci y á Bernardo del Nero, que con gran suma de dinero, fueron al campamento mostrando á los jefes la indignación de la Señoría, del gobierno y de toda la ciudad, si no regresaban con el ejército al ataque de Pietrasanta, y el descrédito que tendrían si tantos capitanes con tanto ejército, sin tener enfrente más que una pequeña guarnición, no podían tomar tan débil plaza. Hiciéronles ver también la utilidad presente y las ventajas futuras que por esta conquista debían esperar, de tal modo, que todos decidieron volver al ataque, empezando por reconquistar el reducto. Así se hizo, dándose á conocer entonces cuánto pueden en el ánimo de los soldados la bondad, afabilidad y cariñosas frases; porque Antonio Pucci, animando á unos, prometiendo á otros, á este estrechando la mano, abrazando á aquel, les hizo marchar al asalto con tanto ímpetu, que reconquistaron el reducto en un momento; pero no sin pérdidas, porque una bala de cañón mató á Antonio de Marciano. Tanto asustó este ataque á los de dentro, que empezaron á tratar de rendirse.

Para dar más importancia á la victoria, juzgó opr-

tuno Lorenzo de Médicis ir al campamento y, á los pocos días de llegar, fué tomada la plaza.

Se estaba ya en el invierno, y pareció á los jefes que no debían seguir adelante su empresa, sino esperar la primavera, máxime que aquel otoño, por el mal aire que reinaba, tenía lleno de enfermos el ejército, y muchos jefes lo estaban de gravedad, entre ellos Antonio Pucci y Bongianni Gianfigliuzzi, que, no sólo enfermaron, sino murieron, con gran sentimiento de todos: tanto fué el afecto general que, sobre todo Pucci, adquirió por su conducta en Pietrasanta.

Cuando los florentinos conquistaron á Pietrasanta, enviaron los de Luca embajadores á Florencia á pedir esta plaza, como perteneciente á su república, alegando que, entre las obligaciones impuestas por el tratado de paz de Lombardia, era una la de restituir á sus primitivos Señores todas las plazas que unos ú otros ocuparan.

No negaron los florentinos la obligación; pero respondieron que no sabían si, en la paz que negociaban con los genoveses, tendrían que devolverla á éstos, por lo cual no podrían disponer de ella hasta entonces. Además, para el caso de tenerla que restituir á los de Luca, era preciso que éstos pensaran en satisfacerles los gastos hechos y los daños ocasionados por la muerte de tantos ciudadanos. Sólo cuando esto hicieran podían tener esperanzas de recobrarla.

Transcurrió todo aquel invierno en las negociaciones de paz entre genoveses y florentinos que, mediando en ellas el Papa, se practicaban en Roma; pero, no habiendo terminado al llegar la primavera, los florentinos hubiesen atacado á Serezana, de no impedirlo la enfermedad de Lorenzo de Médicis y la guerra que estalló entre el

Papa y el rey Fernando de Nápoles. Porque Lorenzo, no sólo padecía la enfermedad de la gota, heredada de su padre, sino que le atacaron gravísimos dolores de estómago, siéndole preciso tomar baños para curarse.

XXXII. Pero el motivo principal fué la guerra, que tuvo el siguiente origen:

La ciudad de Aquila, aunque sometida al reino de Nápoles, vivía como libre, y tenía en ella grande autoridad el conde de Montorio (1485). Encontrábase cerca del Tronto con sus hombres de armas el duque de Calabria, con pretexto de apaciguar algunos tumultos ocurridos entre los campesinos de aquellas comarcas y, proyectando someter por completo á Aquila á la obediencia del Rey, mandó llamar al conde de Montorio, como si quisiera valerse de él en algo de lo que estaba ejecutando. Obedeció el Conde sin recelo alguno y, al llegar donde estaba el Duque, fué preso y enviado á Nápoles.

Cuando en Aquila se supo esta prisión, se alarmó toda la ciudad y, acudiendo tumultuosamente á las armas, fué muerto Antonio Concinello, comisario del Rey, y algunos otros ciudadanos conocidos por ser partidarios del Monarca. Para tener quien en su rebelión les apoyara, enarbolaron la bandera de la Iglesia y enviaron embajadores al Papa, concediéndole la ciudad y rogándole que, como cosa suya, la defendiera de la tiranía real.

Tomó el Papa animosamente la defensa de Aquila porque, por motivos públicos y privados, odiaba al Rey, y estando Roberto de San Severino enemistado con el gobierno de Milán, y sin compromiso de servir á ningún otro, lo tomó el Papa á sueldo, haciéndole venir apresuradamente á Roma. Además, excitó á todos los amigos y parientes del conde de Montorio á que se rebelaran con-

tra el Rey, y así lo hicieron inmediatamente los príncipes de Altemura, de Salerno y de Bisignano.

Metido el Rey en esta guerra imprevista, acudió á los florentinos y al duque de Milán en demanda de ayuda. Dudaban los florentinos lo que debían hacer, porque pareciales muy dañoso abandonar sus intereses por favorecer los ajenos, y muy peligroso empuñar de nuevo las armas contra la Santa Sede. Sin embargo, pospusieron su utilidad y los peligros á los deberes de la alianza; tomaron á sueldo á los Orsini y enviaron todas sus tropas, al mando del conde de Pitigliano, hacia Roma, en auxilio del Rey.

Organizó éste entonces dos ejércitos: el uno, mandado por el duque de Calabria, lo envió con dirección á Roma, y, unido al florentino, hizo frente al pontificio: el otro, á las órdenes del Rey, operó contra el de los barones sublevados. En ambos campos se hacía la guerra con varia fortuna, hasta que, adquiriendo el Rey superioridad en muchas partes, en Agosto de 1486, por mediación de los embajadores del rey de España, se ajustó la paz, que aceptó el Papa por haber sufrido reveses y no querer exponerse más á los caprichos de la fortuna.

Uniéronse, pues, entonces todos los potentados de Italia, dejando únicamente fuera de la unión á los genoveses, como rebeldes del Estado de Milán y usurpadores de propiedades de los florentinos.

Hecha la paz, Roberto de San Severino, que en la guerra había sido, como amigo, poco fiel, y como enemigo, poco peligroso, fué casi echado de Roma por el Papa. Perseguido por los florentinos y por las tropas del duque de Milán, cuando pasó Cesena, viéndose casi alcanzado, emprendió la fuga, y con menos de cien ca-

ballos llegó á Ravena. Los demás soldados, en parte, fueron recibidos por el duque de Milán, y en parte desvalijados por los campesinos.

Ajustada la paz y reconciliado el rey de Nápoles con los barones, mandó matar á Jacobo Coppola y á Antonello (Petrucci) de Aversa, con sus hijos, porque durante la guerra revelaron sus secretos al Pontífice.

XXXIII. Por el ejemplo que dieron en esta guerra, conoció el Papa la actividad y el celo de los florentinos en cumplir sus deberes de amistad, y á causa de ello empezó á cambiar en afecto la aversión que les tenía, primero por ser el Pontífice amigo de los genoveses, y después por el auxilio que dieron al rey de Nápoles, é hizo á sus embajadores más favores que de costumbre.

Lorenzo de Médicis conoció esta inclinación del Papa, y procuró hábilmente fomentarla, porque juzgaba que convendría mucho á su autoridad unir á la amistad del Rey la del Papa.

Tenía el Pontífice (1) un hijo, llamado Francisco, y deseaba procurarle Estados y aliados que le ayudaran á defenderlos después de su muerte. Nadie le pareció en Italia más á propósito para este objeto que Lorenzo de Médicis, y por ello obró de modo que éste diera á Francisco por esposa una de sus hijas. Contraído este parentesco, deseaba el Papa que los genoveses, por convenio, cedieran á los florentinos Serezana, mostrándoles que no podían conservar lo que Agustín Fregoso había vendido, ni éste pudo tampoco dar á la corporación de San Jorge lo que no era suyo. No sólo no pudo conseguir

---

(1) Fué casado antes de recibir órdenes sagradas y tuvo varios hijos.

nada, sino que los genoveses, mientras se practicaban estas negociaciones en Roma, armaron muchos de sus barcos y, sin que en Florencia se supiera cosa alguna, desembarcaron tres mil infantes y asaltaron el castillo de Serezanello, situado sobre Serezana, y en poder de los florentinos. Éstos reunieron inmediatamente sus tropas en Pisa, al mando de Virgilio Orsino, y se quejaron al Papa de que, mientras él negociaba la paz, los genoveses les habían declarado la guerra.

Enviaron después á Pedro Corsini á Luca para mantener la amistad de esta ciudad y á Pablo Antonio Soderini á Venecia para sondear las intenciones de aquella república; pidieron auxilio al rey de Nápoles y á Luis Sforza, y de ninguno de ambos lo obtuvieron, porque el Rey dijo estar receloso de la armada de los turcos, y Sforza, con diferentes pretextos, excusó mandarlo. Así sucede casi siempre á los florentinos, que se encuentran solos en la guerra, no hallando en nadie el ardimiento con que ellos procuran acudir en auxilio de los otros.

No por ser abandonados esta vez de los aliados se alarmaron, porque no era para ellos una novedad este abandono. Organizaron un ejército numeroso, á las órdenes de Jacobo Guicciardini y Pedro Vettori, y lo enviaron contra el enemigo, yendo á acampar junto al río de la Magra.

Entretanto los genoveses estrechaban el asedio de Serezanello, empleando contra él minas y los demás recursos que tenían en su poder, por lo cual los Comisarios determinaron socorrerlo. El enemigo no esquivó la batalla y, llegando á las manos, fueron derrotados los genoveses, quedando prisioneros Luis del Fiesco y otros muchos capitanes del ejército enemigo (1487).

No asustó á los de Serezana esta victoria, de tal modo que quisieran rendirse; al contrario, se prepararon obstinadamente á la defensa, y los Comisarios florentinos al ataque, combatiendo valerosamente por ambas partes.

Durando mucho este asedio, decidió Lorenzo de Médicis ir al campamento. Con su llegada, nuestros soldados cobraron ánimo, y los de Serezana lo perdieron al ver la obstinación de los florentinos en el ataque y la frialdad de los genoveses en socorrerles, por lo cual se rindieron á discreción de Lorenzo, volviendo al poder de los florentinos. Todos, menos los autores de la rebelión, fueron benignamente tratados.

Durante el asedio de Serezana, Luis Sforza envió su ejército á Pontremoli, para indicar que venía en nuestro favor; pero, estando en inteligencia con algunos genoveses, sublevóse el partido opuesto á los gobernantes y, con el auxilio de aquel ejército, se entregaron al duque de Milán.

XXXIV. Por entonces los tudescos declararon la guerra á los venecianos, y Boccolino de Osimo, en la Marca de Ancona, había hecho rebelar Osimo contra el Papa, convirtiéndose en Señor absoluto de esta ciudad. Después de muchos accidentes, á persuasión de Lorenzo de Médicis, devolvió Boccolino dicha ciudad al Pontífice y vino á Florencia, donde, bajo la garantía de Lorenzo, vivió muy considerado durante bastante tiempo. Después fué á Milán, donde no encontró igual respeto á la promesa de seguridad, porque le mataron por orden de Luis Sforza.

En su guerra contra los tudescos, fueron derrotados los venecianos junto á Trento y muerto su general Roberto de San Severino. Después de este desastre, los ve-

necianos, conforme á su constante fortuna, ajustaron la paz con los tudescos, no como vencidos, sino como vencedores: ¡tan honrosa fué para su república! (1488).

Hubo entonces también importantísimos disturbios en la Romaña. Francisco de Orso, vecino de Forli, era persona de grande autoridad en esta ciudad y llegó á ser sospechoso al conde Jerónimo, que repetidas veces le amenazó. Vivía Orso atemorizado, y sus parientes y amigos le aconsejaron que, puesto que temía ser muerto por el Conde, lo matara él primero, salvando de este modo su vida.

Tomada esta determinación, y decididos á realizarla, eligieron para su ejecución el día de mercado en Forli, porque, viniendo, durante él, muchos amigos suyos de las inmediaciones pensaron valerse de ellos, sin necesidad de llamarles.

Era el mes de Mayo, y la mayoría de los italianos tienen la costumbre de cenar con luz del día. Creyeron los conjurados que el mejor momento para matar al Conde era el de la cena porque, mientras cenaba su familia, permanecía solo en su habitación. Acordado así, fué Orso á casa del Conde, dejó á sus compañeros en las primeras habitaciones, llegó á la en que el Conde estaba, y dijo á su ayuda de cámara que le anunciara quería hablarle. Fué Orso introducido y, encontrando al Conde solo, después de algunas frases sobre fingido asunto, le mató y, llamando á los cómplices, también mataron al ayuda de cámara.

Por acaso se presentó el comandante de la plaza en aquel momento para hablar con el Conde y, al llegar á la sala con pocos que le acompañaban, también le mataron los asesinos.

Hechos estos homicidios, promovieron gran alboroto, arrojaron por una ventana el cadáver del Conde y, gritando Iglesia y Libertad, armaron á todo el pueblo, que odiaba la avaricia y crueldad del Conde, saquearon la casa de éste y prendieron á la condesa Catalina y á sus hijos.

Quedaba sólo por tomar la fortaleza para que esta empresa tuviera completo éxito; pero no quería entregarla el gobernador y rogaron á la Condesa que le aconsejara rendirla. Prometió ella hacerlo si le permitían ir al castillo y, en prenda de su promesa, les dejó sus hijos. Creyeron los conjurados lo que les prometía y le permitieron entrar en la fortaleza; pero, tan pronto como estuvo dentro, les amenazó con la muerte y todo género de suplicios en venganza del asesinato de su marido. Le dijeron que matarían á sus hijos y respondió que estaba en edad de procrear otros.

Asustados los conjurados al ver que el Papa no les ayudaba y al saber que Luis Sforza, tío de la Condesa, mandaba tropas en auxilio de ésta, con todos los efectos y bienes que pudieron llevar consigo se refugiaron en Città del Castello. Cuando la Condesa recobró la posesión de sus Estados vengó la muerte de su esposo con todo género de crueldades.

Sabida la muerte del Conde, los florentinos aprovecharon la ocasión para recobrar el castillo de Pancaldoli, que les había quitado hacía tiempo y, mandando allí sus tropas, lo tomaron, pero murió en la empresa el famosísimo arquitecto Cecca.

XXXV. Á este desorden ocurrido en la Romaña sucedió otro no menos importante.

La esposa de Galeotto, señor de Faenza, era hija de

Juan Bentivoglio, Señor de Bolonia, y, por celos ó por malos tratos del marido, ó por su mala índole, odiaba á su esposo, hasta el punto que determinó quitarle los Estados y la vida.

Fingiéndose enfermedad, se metió en la cama y ordenó que cuando Galeotto fuera á visitarla, le asesinaran algunos de sus confidentes, escondidos en la habitación. Además dió cuenta del proyecto á su padre, que esperaba la muerte de su yerno para apoderarse del Señorío de Faenza.

Llegado el momento fijado para este homicidio, entró Galeotto en la habitación de su esposa, según su costumbre, y estaba hablando con ella cuando los asesinos salieron del escondite y, sin que él pudiera evitarlo, le mataron.

Fué grande el tumulto después de esta muerte, y la esposa con un hijo pequeño que tenía, llamado Astorre, se refugió en el castillo. El pueblo tomó las armas, y Juan Bentivoglio, con un tal Bergamino, capitán á sueldo del duque de Milán, con bastantes tropas preparadas de antemano, entró en Faenza, donde estaba aún de Comisario florentino Antonio Boscoli.

En medio del desorden todos aquellos jefes se reunieron para convenir el gobierno de la ciudad; pero los hombres de Val de Lamona, que al saber lo ocurrido acudieron precipitadamente, atacaron á Bentivoglio y Bergamino, matando á éste, prendiendo á aquél y proclamando la dominación de Astorre y de los florentinos, á cuyo Comisario entregaron la ciudad.

A todos desagradó en Florencia este suceso cuando lo supieron; sin embargo, hicieron poner en libertad á Juan Bentivoglio y á su hija, y tomaron á su cuidado Astorre

y la ciudad de Faenza, por voluntad de todo el pueblo.

Á este desorden siguieron otros, después que terminaron las guerras grandes entre los Estados más poderosos. Durante muchos años hubo tumultos en la Romaña, en la Marca y en Siena, que, por su escasa importancia, juzgo superfluo referir. Verdad es que los de Siena, después que el duque de Calabria, en la guerra de 1488, partió de aquel punto, fueron más frecuentes, ocasionando rápidos cambios, en los cuales unas veces dominaba la plebe y otras los nobles. Quedaron éstos al fin dueños de la ciudad, y con más autoridad que los demás Pandolfo y Jacobo Petrucci, quienes, el uno por su prudencia y el otro por su valor, llegaron á ser Señores de ella.

XXXVI. Terminada la guerra de Serezana, vivieron los florentinos hasta el año de 1492, en que ocurrió la muerte de Lorenzo de Médicis, en grandísima prosperidad, porque Lorenzo, una vez asegurada la paz por su influencia y autoridad, dirigió sus esfuerzos á engrandecer su casa y su patria. Casó á su hijo primogénito, Pedro, con Alfonsina, hija del caballero Orsino, y después logró que á su segundo hijo, Juan, le concedieran la dignidad del cardenalato. Llegó éste á ser tan famoso como extraordinario fué su nombramiento de cardenal antes de cumplir catorce años (1). Este fué uno de los honores que más tarde elevaron la reputación de los Médicis hasta las nubes.

No le fué posible asegurar extraordinaria fortuna á su tercer hijo, Julián, por lo joven que era y lo poco que Lorenzo vivió.

---

(1) Llegó á ser Papa con el nombre de León X.

Las hijas las casó una con Jacobo Salviati, otra con Francisco Cibo, y la tercera con Pedro Ridolfi. La cuarta, que, por tener á su familia unida, la había casado con Juan de Médicis, murió.

Respecto á sus demás asuntos privados, en el comercio fué desgraciadísimo, porque las irregularidades de sus dependientes, que administraban los negocios de Lorenzo, no como hombre privado, sino como príncipe, le hicieron sufrir grandes pérdidas en diferentes puntos, siendo preciso que su patria le ayudara con cuantiosa suma de dinero del Tesoro público.

De aquí que, por no exponerse de nuevo á los trances de la fortuna, dejó las operaciones mercantiles y adquirió dominios territoriales, como riqueza más sólida y segura. En las comarcas de Prato, Pisa y Val de Pesa compró grandes posesiones, cuyas rentas y edificios y magnificencia no parecían de hombre privado, sino de soberano.

Después de esto se dedicó á embellecer y agrandar su ciudad; y, habiendo en ella grandes espacios sin edificar, los llenó de nuevas calles y casas, que ensancharon y hermostearon Florencia. Para asegurar la tranquilidad de sus habitantes y poder combatir desde lejos á los enemigos, fortificó el castillo de Fiorenzuola, situado en medio de los Alpes, hacia Bolonia; en la dirección de Siena comenzó la restauración de Poggio Imperial para hacerlo inexpugnables, y cerró á todo enemigo el camino de Génova con la conquista de Pietrasanta y Serezana. Además, mantenía con subsidios y pensiones la amistad y adhesión de los Baglioni en Perusa, de los Vitelli en Cittá de Castello, y el gobierno de Faenza estaba en su poder. Todas estas disposiciones constituían una especie de baluarte para la seguridad de Florencia.

Durante este período de paz procuró que abundaran las fiestas en la ciudad, haciendo celebrar con frecuencia torneos y representaciones de triunfos y sucesos de la antigüedad. Su propósito era mantener la abundancia en su patria, unido al pueblo y honrada la nobleza.

Estimaba grandemente á los que sobresalían en cualquiera de las artes; favorecía á los literatos, de lo cual pueden testificar Agnolo de Montepúlciano, Cristóbal Landini y el griego Demetrio. El conde Juan de la Mirandola, hombre casi divino, atraído por la magnificencia de Lorenzo de Médicis, prefirió Florencia á todas las otras ciudades que había recorrido, para fijar su residencia.

Eran de su especial agrado la música, la arquitectura y la poesía, y compuso y comentó varias composiciones poéticas.

Para que la juventud florentina pudiera ejercitarse en el estudio de la literatura, fundó la Universidad de Pisa, llamando á la enseñanza en ella á los hombres más sabios que había entonces en Italia.

Para fray Mariano de Chinazzano, de la orden de San Agustín, porque era predicador notabilísimo, edificó un monasterio junto á Florencia.

La fortuna y Dios le protegieron, y por ello todas sus empresas tuvieron feliz término, y las de sus enemigos desgraciado; porque, además de la conjuración de los Pazzi, quiso asesinarle Bautista Frescobaldi en el Carmen, y Baldinotto de Pistoya en su casa de campo; pero todos recibieron, como también sus cómplices, el justo castigo por tan malvados designios.

No sólo los príncipes de Italia, sino los de países lejanos, conocieron con admiración su modo de vivir y su fortuna. El rey de Hungría, Mattías, le dió muchas prue-

bas de su estimación y aprecio, y el Sultán de Egipto le cumplimentó y envió regalos por medio de sus embajadores. El Gran Turco le entregó á Bernardo Bandini, asesino de su hermano.

Todas estas cosas le atraían la admiración de Italia. Su prudencia aumentaba diariamente su reputación, porque era en discutir los asuntos elocuente é ingenioso, en resolverlos sensato, y en ejecutar lo resuelto activo y animoso.

No le censuraron vicios que obscurecieran sus virtudes, aunque era aficionado á los placeres del amor y le deleitaba oír á los burlones y maldicientes y los juegos pueriles más de lo que convenía á tan grande hombre, pues muchas veces se le veía tomar parte en los entretenimientos de sus hijos é hijas. Considerando estas aficiones unidas á las graves de los negocios públicos, parecía haber en él dos personas unidas por lazos incomprensibles.

En sus últimos tiempos vivió lleno de molestias, causadas por la enfermedad que le afligía, produciéndole grandes dolores de estómago. Tanto se exacerbaron éstos, que falleció en Abril de 1492, á los cuarenta y cuatro años de edad.

Nadie murió, no sólo en Florencia, sino en Italia, con mayor fama de prudencia, ni fué más sentido. Viéronse en el cielo muchos presagios de que su muerte sería principio de grandes calamidades, entre ellos un rayo que cayó en lo alto de la iglesia de Santa Reparata, con tanta violencia que destrozó gran parte de la elevadísima techumbre, con estupor y admiración de todos.

Lamentaron su muerte todos los ciudadanos y todos los principes de Italia, dando de ello pruebas manifiestas,

porque todos, sin excepción, enviaron embajadores á Florencia para expresar su sentimiento á esta República. Y de que tenían justo motivo para sentirlo, muy pronto se conoció por los efectos; porque, faltando á Italia sus consejos, no encontraron los gobiernos medio de satisfacer ó refrenar la ambición de Luis Sforza, gobernador del duque de Milán, por lo cual, inmediatamente después de la muerte de Lorenzo de Médicis, empezaron á nacer las malas semillas que, al poco tiempo, por no vivir quien sabía destruirlas, arruinaron y arruinan todavía á Italia.

FIN DE LA HISTORIA DE FLORENCIA.